

¿Qué tiene el rey en la panza?

Dionisio Cabal Antillón

Ilustraciones: Vicky Ramos

loqueleg

Para Alba Solà Pagès



Ustedes no saben quién soy ni cómo me llamo. ¡Claro!, se entiende porque ninguno me lo ha preguntado. 9

Me llamo Miguelito. Siempre ando por ahí, vestido con los colores que más me lucen, el rojo y el blanco gris, con pintitas negras y blancas. En la cabeza llevo un pequeño copete levantado en punta, como si fuera músico de una banda *punk*.

¿Ya adivinaron quién soy?... ¡Sí, claro!

Soy un comemaíz, un pajarito.

A ustedes yo los conozco porque tengo por costumbre andar picoteando

por todas partes, llegar hasta sus casas y acercarme a las personas. Me gusta cuando encuentro pedacitos de galletas o me regalan miga de pan. ¡Hummm! De veras que yo solito podría comerme una panadería entera. ¡Es tan sabroso el pan con mantequilla!

10

Bueno, pero hablemos de este cuento. Es un cuento con preguntas, preguntitas y preguntotas.

Tiene que ver con mi historia, que es pequeña porque yo apenas tengo dos años, pero también tiene que ver con otras historias llenas de preguntas increíbles. Las respuestas a esas preguntas no todo el mundo las sabe, pero todos quisiéramos saberlas.

Empecemos por el principio. ¿Por qué me llamo Miguelito?

Les diré. Es una historia que me agrada contar. Yo vivo en un gran roble del Parque Viejo. Es un parque lleno de árboles inmensos y muchas bancas de hierro, con una fuente muy grande. La fuente tiene cuatro sapos de piedra que lanzan chorritos de agua por la boca. Me divierte bañarme allí cuando hace calor, es como cuando llueven gotitas frías.

11

Un día domingo por la mañana llegó al parque un hombre alto y delgado. Le acompañaba una pequeña niña. Se veían muy contentos, tomados de la mano al caminar. Se sentaron durante largo rato al borde de la fuente de los sapos. Se entretenían mirando cómo se quebraban los reflejos de la luz del sol en las ondas del agua. Entre tanto, yo comía trocitos de un dulce que alguien había dejado

caer, cuando de pronto la niña me señaló con el dedo y exclamó:

—¡Papá, papá! ¡Qué lindo!

¡Huy!, pero qué bien me cayó esa niña. Me hizo recordar a mi mamá, ella también decía que yo era un lindo. ¡Ja, ja, ja!

12 Entonces el papá le preguntó:

—¿Y cuál es ese pajarito?

Y la niña gritó:

—¡Es un miguelito!

—¿Y por qué un miguelito? —volvió a preguntar el papá. Ella contestó:

—¡Porque tiene alas! ¡Porque tiene alas!

Bueno, sí, es cierto, tengo dos alas como todos los pajaritos. Pero eso no quiere decir que todos los que tienen alas se llaman Miguelito. Si así fuera, hasta los aviones se llamarían así, miguelitos.

Aunque desde entonces me pareció lindo llamarme Miguelito, no entendí muy bien lo que la niña quería decir. Sin embargo, sabía que algún día encontraría la respuesta.

De eso se trata la vida. Hay que buscar respuestas a todas las preguntas que nos hacemos. Sin descansar. A veces, para encontrar respuestas, se deben hacer más preguntas. Y sobre todo pensar las respuestas. Pensar, pensar... Si se piensa bien, la vida es como un larguísimo juego de adivinanzas.

Esa vez en el parque, el papá de la niña hermosa puso cara de serio y dijo:

—¡A ver Luz del Alba!, adivina, adivinanza, ¿qué tiene el rey en la panza?

Y entonces Luz del Alba, que así se llamaba la niña, se quedó pensativa. Y yo

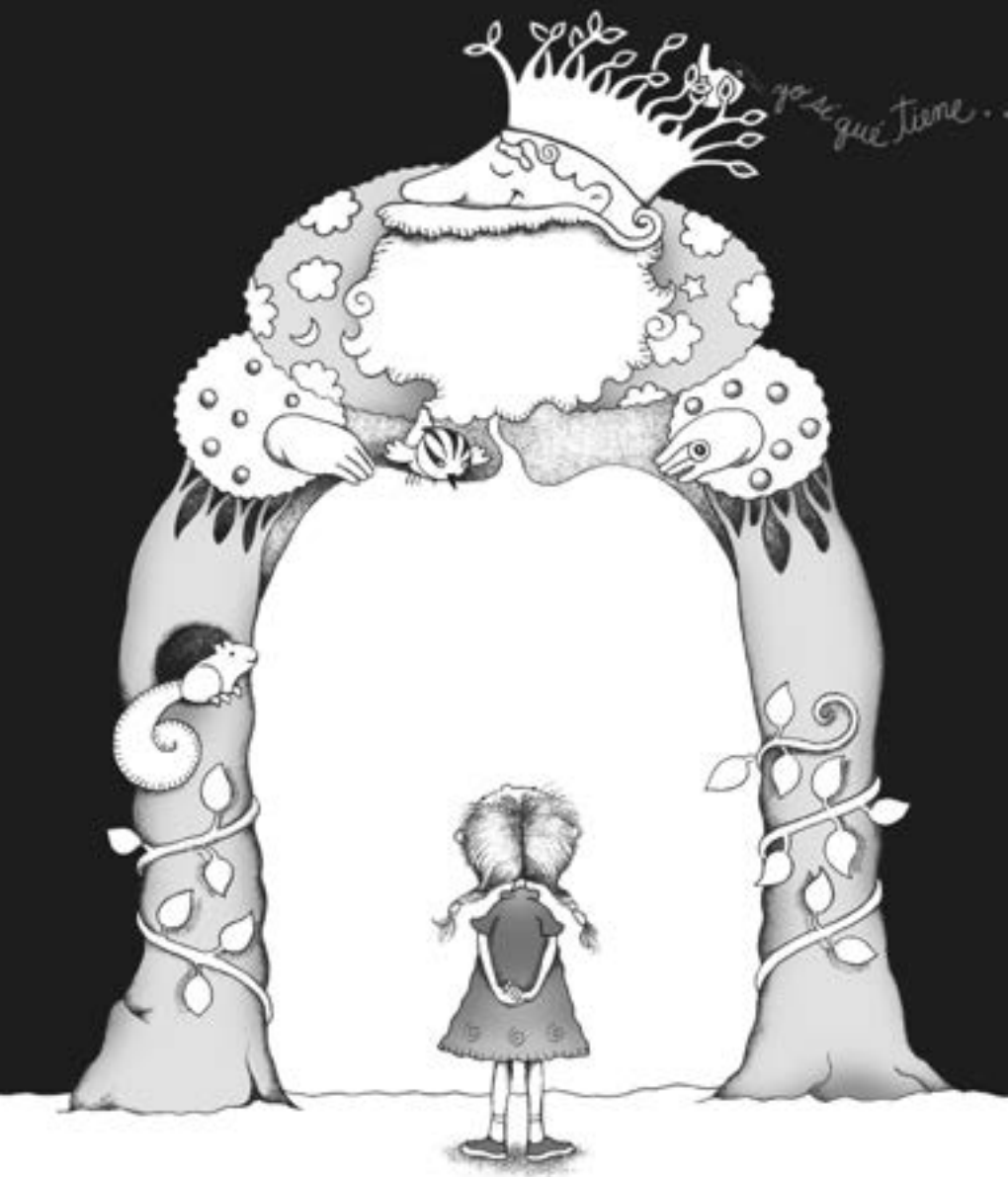
también, tamaño rato pensando... ¿qué puede ser?

Lógicamente se me ocurrió que el rey se había comido alguna cosa, pero ¿qué comen los reyes?

14 La lógica es buena pero no siempre sirve con las adivinanzas. Yo ni siquiera sabía si las panzas de los reyes eran como las de otras personas. Había oído decir que tienen sangre azul, ¡como pintura de tarro! Y conocía, por los libros, que son dueños de castillos y joyas y que siempre hacen lo que quieren.

Entonces pensé: si yo fuera rey, con oro y plata, me la pasaría comiendo helados, cajas y cajas enteras de pistacho con caramelo.

Casitico, casitico respondo la adivinanza, pues pensé que tal vez lo que el rey



tenía era un dolor de panzota, porque los reyes son panzones por comer tanto y estar sentados sin hacer nada, viendo en qué friegan a los demás... ¡Claro, eso era! ¡Al rey le dolía la panza porque se había comido más de una caja de helados de pistacho con caramelo! Ya tenía la respuesta:

—¡Lo que tiene en la panza es un dolor! —grité, o sea canté—, ¡un dolor, tiene un dolor en la panza!

Luz del Alba y don Papá me volvieron a ver. La niña se quedó con los ojos fijos y la boca abierta. ¿Por qué se sorprendían tanto, si la respuesta era muy sencilla?

—Papá —dijo la niña— el pajarito dice que el rey tiene dolor de panza.

Don Papá se quedó mirándome como si hubiera visto un duende.